

Edith
Pearlman

MIEL DEL DESIERTO

Traducido del inglés por Ramón Buenaventura

Título original: *Honeydew*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Little, Brown & Company, New York, New York,
USA. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2015 by Edith Pearlman

© de la traducción: Ramón Buenaventura, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-599-1

Depósito legal: M. 40.217-2016

Printed in Spain

Para Sandy Siler

Tenderfoot

Tenderfoot era un salón de pedicura situado en la calle Mayor, en la zona de Channing. Dos sillones reclinables —solo uno solía estar ocupado—, situados de cara a la calle, visibles en el escaparate de cristal cilindrado. De manera que los clientes, a solas con Paige, eran objeto de una especie de privacidad pública: estaban a la vista de todo el mundo, pero solo Paige los oía. Paige era muy experta escuchando: rara vez comentaba lo que oía, nunca lo repetía.

Era viuda, sin hijos, cuarenta y nueve años. Vivía entre la trastienda y el piso de arriba de su establecimiento. Jugaba al póquer con otras cinco mujeres todos los sábados por la noche. Se hablaban de tú y fumaban puros. Paige había perdido a su marido —un buen mecánico— durante la guerra. Carl estaba a favor de la guerra, más o menos, pero se había alistado, más que nada, por mejorar su formación profesional a costa del Ejército. A ella no le pareció bien ese modo de poner en peligro su vida en común y su felicidad, pero no quiso discutir. Los marines lo aceptaron a pesar de su edad. Y luego, cuando llevaba tres días en el desierto, el carro de combate en el que iba se encontró con una mina. Cada parte de su cuerpo quedó arrancada de las demás, y el conjunto —todo su ser— quedó arrancado de Paige.

La clientela de Paige fue en aumento. Siempre había tenido muy buen cartel entre las mujeres de los profesores y los

abogados y los dentistas de la localidad, a quienes les parecía que un buen pediluvio, administrado por una profesional discreta, achaparrada en un taburete, podía convertirse en una especie de confesionario seglar. Ahora, quizá por su reciente luto, estaba dándose a conocer entre las librerías, las profesoras de instituto y las enfermeras. Todas ellas iban descubriendo lo fácil que resultaba hablar con Paige. Los médicos le enviaban pacientes, mujeres de cierta edad que ya no se alcanzaban los pies para lavárselos ni para cortarse las uñas. También señores mayores con las articulaciones tan rígidas como las de sus mujeres.

Aquel otoño —el otoño en que Bobby Farraday se incorporó al colegio como profesor de Historia— empezaron a llegarle clientes masculinos no enviados por los médicos. El primero fue un profesor emérito de Física. Luego otro profesor, aunque no emérito. El director del instituto llevó su osadía hasta el extremo de hacerse pintar las uñas de color sorbete de frambuesa, sin dejar ni por un momento de parlotear.

Las habitaciones que Bobby tenía alquiladas eran ideales para cualquier recién separado sin ganas de cambios. Colgó los grabados que habían sido suyos, no de Renée, en la sala y en el reducido dormitorio de una sola cama. En la diminuta cocina apenas cabían al mismo tiempo él y el invisible ratón allí domiciliado. Tanto las habitaciones como la cocina estaban en la segunda planta de una casa victoriana, y el cuarto de baño ocupaba todo el tercer piso de la torrecilla. La casa se hallaba en la calle Channing, cerca del cruce con la calle Mayor, lo cual la situaba más o menos en diagonal a la entrada de Tenderfoot. Bobby y Paige coincidían frecuentemente a última hora de la tarde: en el mercado vegetariano, en el

quiosco de prensa y en el de tabaco, en la librería. A veces hablaban, como suele ocurrir entre vecinos.

Él, en secreto, se consideraba algo más que vecino suyo. Era su coinquilino invisible, como el ratón de la cocina. Su elevado cuarto de baño tenía una ventana muy ancha y sin cortinas cerca del váter. La ventana le ofrecía una visión en ángulo del espacio laboral del salón de pedicura y de una pequeña parte de la vivienda de Paige. Bobby sacaba partido de la coyuntura. A veces permanecía en pie para observar las pedicuras, pero casi siempre se sentaba en el váter, con la tapa bajada, como todo un experto en *peep shows*. Le encantaba ver a los clientes relajarse en sus asientos, como si aquella experiencia casi bíblica los elevara a algún cielo jabonoso; como si, muertos por un rato, pudiesen dar por perdonados todos sus pecados. O quizá fuese que los hacía felices aquella oportunidad de quitarse los zapatos y hablar de sus problemas.

Daba sus clases, proyectaba sus diapositivas, atendía a los alumnos durante las horas de tutoría. La enseñanza y los alumnos le resultaban una distracción. Una de las jovencitas rubias le recordaba a Renée: muy informada por fuera, muy insegura por dentro. Pero incluso invitar al cine a una alumna estaba prohibido; y lo que él hacía, por tanto, era acabar cuanto antes con las tutorías y volverse a casa a contemplar a solas las impecables secuencias de la calle Mayor.

Los días iban acortándose. Los últimos clientes de Paige se acercaban a la tienda bajo el tenue alumbrado público y entraban en un local resplandeciente de luz. Una tarde oscura Bobby vio al profesor de Química, el de las mejillas rosadas, y a su esposa, codo con codo, cada uno en su asiento, como si estuvieran acercándose al cine en coche. Paige, desplazando con suavidad su taburete, iba alternando entre ambos.

Allá en lo alto de su estudio, Bobby se quitó los zapatos y luego el calcetín derecho. Había dejado de cuidarse los pies

a raíz del accidente. Ahora tenía unas bochornosas pelotillas entre los dedos callosos, y las uñas sin cortar ofrecían un aspecto desastroso. No era sorprendente que tuviese todos los calcetines agujereados. Se quitó el calcetín izquierdo y apoyó el pie en la rodilla derecha. Tenía líneas en el talón como para leerle la fortuna en ellas. Aún descalzo, volvió a su torrecilla no iluminada y miró por la ventana. Inclined sobre los dedos del pie del profesor de Química, Paige era la personificación del arduo trabajo, igual que Renée inclinada sobre sus informes. En Nueva York, Renée había ido avanzando inflexiblemente hacia su objetivo —quería que la hiciesen asociada—, mientras Bobby practicaba la indiferencia y la desatención, escribiendo reseñas negligentes para revistas de arte de corta vida, improvisando evaluaciones para las galerías de que era consultor. Esta diferencia en las actitudes había dado lugar a discusiones.

Cuando se iba el último cliente, Paige solía salir a la puerta del establecimiento y sentarse en el escalón único de la entrada, bastante ancho, a fumarse un purito. Bobby utilizaba el váter, alumbrándose con una linterna para leer. Apagaba la linterna y miraba fumar a Paige, que se metía en la cama a eso de la medianoche. Él también.

Esto se prolongó cierto tiempo. Bobby pensó en comprarse unos prismáticos, pero Paige no era un pájaro. Pensó en recurrir a sus gemelos de teatro, pero Paige no era una soprano. Pensó en utilizar su lupa, pero Paige no era una obra de arte y si lo hubiera sido estaba demasiado lejos para poder apreciar las pinceladas. Tras la primera nevada, ella empezó a ponerse una parka para salir, y un sombrero que no se distinguía bien. Le hacía falta un abrigo de pieles —de nutria quizá, como el de Renée—, pero los defensores de los derechos animales que había entre los alumnos la habrían puesto en el disparadero. Y además no era probable que pudiera

pagarse un abrigo de piel. ¿Qué pensión deja un marine muerto? Y la pedicura, por bien que fuera, no podía dar grandes beneficios. Siempre podría trabajar en la farmacia de la localidad, suponía Bobby. Paige le dijo una vez que había estudiado farmacia, pero que prefería este trabajo: era su propia jefa y tenía trato directo con la gente.

La primavera había humedecido el pueblo. Brotaron hojas de color pastoso en sustitución de los brotes color pastel. Bobby pensó en mejorar. Podía hacerse vegano. Que se comiera su queso el ratón. «O sea que ¿cuánto cuesta?», soltó una tarde. Habían coincidido en la tienda de dietética: él tenía en la mano un tarro de extracto de ciruela que acababa de coger de la estantería a toda prisa, ella examinaba algo embotellado.

—Esto sale a dólar la onza. Pero para mayor eficacia hay que mezclarlo con...

—No el aceite de serpiente. La pedicura.

Ella levantó la vista. Sus ojos, en su rostro levemente arrugado, eran igual de azules que un cielo de Veronese:

—Cincuenta dólares. Diez más por sacar brillo. No se admiten propinas.

—Ah. ¿Puedo apuntarme?

—Sí, claro.

—¿Cuándo?

—El viernes a las ocho.

—¿A las ocho? Tengo seminario de cubismo a las ocho y media.

Ella sonrió:

—A las ocho de la noche.

—Ah. ¿Nos vemos entonces?

—Nos vemos —le confirmó ella.

El viernes por la noche se restregó a fondo los pies. Se puso calcetines limpios. Agarró un libro que no estaba leyendo, *The Later Roman Empire*, «El imperio romano tardío».

Eligió el sillón de la izquierda. Ladeando la cabeza hacia arriba y levantando la vista, alcanzaba a ver la ventana de su cuarto de baño, que había dejado con la luz encendida, por descuido, derrochando electricidad a costa de su casera.

Mientras Paige llenaba con agua del grifo una tina oblonga de madera, añadiendo un toque de una pasta blanca y densa, Bobby se quitó los zapatos. La propia Paige le retiró los calcetines y los dejó doblados encima de la mesa que había entre los dos sillones. En otros tiempos, Renée los recogía del suelo y le sacaba la lengua.

—¿Blanco, rojo o té? —preguntó Paige.

—Blanco...

Paige pasó a la parte trasera del salón y se la oyó abrir y cerrar la puerta de un frigorífico. Puso una copa de vino en la mesa, al lado de los calcetines.

—Puede usted echarse un poco más para atrás. Solo tiene que apretar el botón que hay en el brazo del sillón.

Él se echó un poco más para atrás. El reposapiés se alzó con los pies descalzos de Bobby encima. Ella se acercó el taburete y se sentó. Él se tapó la erección con *The Later Roman Empire*. Ella le subió ambas perneras del vaquero hasta media pantorrilla.

A continuación pasó revista a sus nuevos clientes.

—¿Estos dedos han pasado por alguna pedicura?

—No. Son vírgenes los diez.

—Hay hombres a quienes este proceso les parece cosa de mujeres.

—Bueno... Sin pintura, por favor.

—Ni gota. Y a otros les parece decadente, como a los romanos de su libro. Ya veremos qué le parece a usted.

Con los guantes quirúrgicos puestos, procedió a examinarle los espantosos pies: los callos, las uñas desiguales, la decoloración, un principio de juanete, los talones como de cuerno.

Luego echó mano de la tina de madera. Sujetándole los tobillos con un brazo, apartó el reposapiés del sillón y acercó la tina un poco, para a continuación introducirle los pies en el líquido caliente.

Lo que le había parecido crema fresca resultó ser una ligera espuma de jabón, bajo la cual se barruntaba un agua de color gris humo. Bobby cerró los ojos, imaginando un futuro de cuidados principescos.

Al cabo de un rato los abrió. Vio que Paige continuaba sentada en su taburete, con una gruesa toalla en el regazo, y que sus pies, ya limpios pero aún muy poco presentables, estaban sobre la toalla. Parecían desprendidos de su cuerpo, de sus vaqueros enrollados; venían a ser como un par de notas a pie de página, prescindibles.

—*Ibidem y sic* —los nombró en voz alta.

—Ahora viene la exfoliación —le dijo ella.

—¿Exfoliación? —Bobby sabía lo que era, pero la voz de ella era una lira.

—Exfoliar es desprender o separar en escamas, tiras o capas. Le saldrán escamas de los pies.

Empezó a rasparle las plantas y los talones con un pequeño escalpelo. Bobby la miraba hacer. Tenía la oscura cabeza inclinada y no le daba conversación. De manera que volvió a cerrar los ojos, pensando en su madre y en baños cariñosos. Pero se le impuso un recuerdo diferente.

Iban en coche bajo una tormenta de nieve. Querían llegar a casa. No había en la autopista, ni en una ni en otra dirección, nadie que no quisiera llegar a casa. Se esperaban treinta centímetros de nieve. La tormenta no permitía ir de prisa. Su medio ambiente se fue haciendo cada vez más blanco, y en su interior todos los coches eran de un blanco pastoso, como si

los hubieran untado con un cuchillo. De pronto, en el otro carril, un trozo de púrpura giboso dio un brinco de bailarín, se alzó como un animal, pataleó en el aire con sus cuatro pies redondos y cayó sobre su propio techo. Quedó volcado en la autopista. Los demás automóviles lo evitaron con mucho cuidado.

—¿Has visto eso? —logró decir Renée.

—Sí.

—Vuelve.

—No.

—Tiene que haber algún cambio de sentido. *Debemos* volver.

—¿Y dar nosotros también la vuelta de campana? Para eso está la policía estatal. Hay otros que van en la misma dirección que ese Volkswagen.

—¿Otros? Nadie se para. Solo nosotros.

—Nosotros no, cariño.

Bobby oyó el clic del cinturón de seguridad y a continuación Renée se lanzó sobre él, tratando de apartarle la bota del acelerador.

—Estate quieta, Renée. Voy a tener que darte un golpe.

—Dámelo.

No le dio un golpe; levantó el empuje con fuerza y le apartó las manos. La hebilla de su bota tropezó con la cara de Renée, haciéndole una herida, pero eso no lo supo hasta más adelante. Ella entonces se dio por vencida y se acurrucó en su asiento, llorando a todo llorar.

—Vuelve a ponerte el cinturón.

Clic. Dejó de llorar, dejó de hablar. Tardaron unas cuantas horas más, muy peligrosas, en llegar a casa. Renée durmió en el sofá. Y al día siguiente, con una tirita en la mejilla y una manchita rosada emprendiendo su infeccioso camino hacia el mentón, se fue a trabajar sin decir palabra.

Y luego convirtió el episodio en una discusión sobre la responsabilidad moral. Era lo que mejor se le daba, y lo hizo: noche tras noche, luego una vez a la semana, luego una vez al mes. Él le daba la réplica para mostrar que le importaba la conducta moral, aunque era la visión lo que lo atormentaba. Se le representaban una y otra vez el giro y la vuelta de campana. Luego añadía detalles: de un fondo blanco y fruncido surgía una salpicadura púrpura; volcaba; unas figuras como muñecos de palitos, rotas, se deslizaban por la puerta entreabierta. O bien veía en el interior del vehículo volcado unas esculturas blandas que se hundían en sus propias cabezas aplastadas. O bien veía romperse las ventanas y cómo se salpicaba y manchaba de rojo, de rosa crudo, de gris —sangre, carne, sesos— el entorno blanco. Trozos de porcelana aterrizaban en el lienzo: huesos y dientes.

Cuando llegó la carta del colegio universitario ofreciéndole un puesto de profesor, se la enseñó a Renée. Y ella dijo que no.

Él contestó *sí*; y envió sus grabados por correo; y se subió a un avión.

«Exfoliación completada», dijo la suave voz de Paige. Bobby abrió los ojos. Ella sostenía en alto la toalla doblada. Le mostraba una montaña de escamas cutáneas translúcidas de la que emergían aquí y allá trozos de uña; y en lo alto de la montaña, un callo grande que le había extirpado sin que él se enterase. Le maravillaron sus exudaciones, como a un niño pequeño orgulloso de su caca. «Y ahora otro baño», dijo ella, y trajo agua limpia y caliente.

Él sumergió los pies sin ayuda.

Paige se sentó a su lado. Suspiró: un sonido más bien feliz. Bobby pensó que quizá se la hubiera deparado el destino,

operando por mediación del agente inmobiliario que le había enseñado su piso. Paige podía aprender a apreciar la pintura, incluso a moderarse con el póquer. Suspiró él también; y con la mano más cercana asió el vino de encima de la mesa que había entre ellos y se lo trasladó a la otra mano. Ella puso la mano sobre sus calcetines doblados. Él le tocó los dedos con los dedos.

Juntos vieron cómo se acercaba un taxi por la calle Channing, par de ojos brillantes. Se detuvo ante la casa de Bobby. De él se bajó una rubia que llevaba un impermeable con cinturón. El deshielo de abril era demasiado cálido para la nutria. Llevaba el pelo más revuelto de lo que Bobby le había visto nunca fuera del dormitorio. La taxista, bajita y fornida, extrajo una maleta grande con ruedas.

—Es el taxi de Finnegan —dijo Paige—. Una amiga mía del póquer.

Finnegan recibió su dinero y se alejó, a pesar de que la casa estaba a oscuras, salvo la torrecilla. Renée dejó la maleta en la acera y subió la escalinata frontal. Bobby la veía, la sentía, apretando el timbre.

Renée permaneció un rato ante la puerta, luego, con la cabeza gacha, bajó la escalinata y arrastró la maleta por la calle Channing, en dirección a la calle Mayor. Bobby observaba su guapa cara y la expresión de ansiedad que nunca perdía del todo. Fue la cara lo que le llamó la atención mientras Renée recorría el pasillo. Vio, o creyó ver, la cicatriz por él creada. Pudo suponer que por fin lo había perdonado por no dar media vuelta y extraer los cadáveres del Volkswagen. Él hacía tiempo que le había perdonado a ella esos reproches santurrones. Renée cruzó Channing y se detuvo delante de Tenderfoot, mirando al interior.

Bobby se preguntó si debía dejarla pasar. La presencia o no presencia de ella, su perdón o su desaliento, la ocasional

indulgencia de él ante la exfoliación, o el psicoanálisis, la meditación, las drogas, los enemas de café... nada borraría de la mente de Bobby la máquina de color púrpura saltando en el aire dentro de la nevada y reintegrándose al asfalto cabeza abajo. Tenía que vivir con ese recuerdo. Existía la posibilidad de vivir con Renée, también.

Pero siguió sentado.

Y Renée siguió mirando.

Con un gesto de irritación, Paige se acercó a la puerta, la abrió, saludó con una inclinación de cabeza a la visita tardía y la hizo pasar.

—Es Renée, mi mujer, mi exmujer —dijo Bobby—. Y ella es Paige, mi pedi... Mi estetóloga.

—Encantada.

—Encantada.

—¿Podemos tomar un poco de vino? —dijo Bobby.

—Lo que puede usted hacer es secarse los pies —dijo Paige— y llevar a esta señora a su casa.

Se demoró secándose los pies, atándose los zapatos, buscando en vano el libro sobre Roma, pagando. Se olvidó de no dar propina; Paige aceptó el dinero extra. Al final se marcharon, con Renée arrastrando aún la maleta. Paige se entregó con alivio a la tarea de arrojar toallas al interior de la lavadora y hervir instrumentos. Luego apagó la iluminación del establecimiento.

En la torrecilla seguía habiendo luz. Paige sabía que Bobby la había estado espiando desde su práctica ventana. Lo había visto tal cual, haciéndolo durante el crepúsculo; lo había visto de noche, cuando la tenue luz del alumbrado público penetraba en la torrecilla y resultaba modestamente reforzada por la porcelana y el espejo, creando un complicado fondo de

claroscuro contra el que destacaba el opaco perfil de Bobby allí sentado. Quizá fuera que las entradas y salidas de Tenderfoot le levantaban el ánimo; quizá fuera que el hombre tenía que superar momentos difíciles en el cuarto de baño. A Paige le había resultado simpática la soledad de Bobby; le había parecido prometedora. Ahora —porque había hablado sin darse cuenta durante su ensoñación, como suele pasarle a la gente— Paige sabía que no estaba solo, que vivía con el aplastante abrazo de un incidente imposible de olvidar.

Ni siquiera durante los peores momentos tras la muerte de Carl había padecido ella tamaña obsesión. Cuando pensaba en Carl, recordaba con placer sus cejas marrones, suaves y espesas, y el modo pensativo en que examinaba los aparatos averiados antes de decidirse a repararlos, y el fútbol de los domingos, y el hecho frustrante de su esterilidad, algo que le había molestado a él más que a ella: ella jugaba con las cartas que le repartían. Y, bueno, no era impotente. Ah, los pies. Le gustaba que Paige le lavara los pies y le cortara las uñas, y a ella le gustaba hacerlo, y siempre hacían el amor a continuación, bajando primero las persianas del local, tendiéndose luego en el suelo, con las plantas de los pies en contacto. Deslizándose hacia delante, él le rozaba el interior de los muslos con los talones y luego le ponía el dedo gordo en la cerradura y la soliviantaba durante un rato, y eso era todo lo que ella necesitaba. Tras el éxtasis de Paige, pasaban a posiciones más convencionales y a una segunda vuelta de placer.

Se sentó en el sillón de Bobby y se desprendió de los zuecos. Tomó *The Later Roman Empire*, que había quedado oculto bajo una toalla. Deslizó los pies desnudos hasta introducirlos en el agua de Bobby, fría ya. Percibió la tranquila desinhibición que le proporcionaba el líquido. Pensó: Bobby y su mujer, su ex, habían sido elegidos para asistir a un desastre y no habían hecho nada al respecto. Otro pensamiento,

más pesado y aplastante que un carro de combate, se le aproximó rodando; desde él la contemplaba Carl, decepcionado. Tampoco ella había hecho nada al respecto. No se había negado a que Carl se enrolara. Podría habérselo impedido. *Podría* haberlo retenido en casa. «¿Cómo estar seguro de que no hubiera un niño en ese coche?», se había preguntado Bobby, media hora antes, con los ojos cerrados, *ibidem* y *sic* en su regazo, sin saber ni importarle que estaba hablando en voz alta, sin saber ni importarle que sus nada conmovedores pies habían abierto un agujero en la suave inocencia de ella. «Un niño pequeño, quizá.»

Un niño pequeño, un anciano, un marine maduro... daba lo mismo. Quienesquiera que fuesen se habían visto expulsados de la vida y habían abandonado el futuro. Habían vuelto la espalda a los sobrevivientes, condenados ahora a guardarles luto hasta el fin de sus días.